

Amazonía colombiana: contacto-contagio y catástrofe demográfica indígena

Augusto J. Gómez L.

Antropólogo

Profesor Asociado

Universidad Nacional de Colombia

Instituto Amazónico de Investigaciones

IMANI

Presentación

Según el estudio elaborado por la COMISIÓN AMAZÓNICA DE DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE, en lo que va transcurrido del presente siglo, "90 tribus enteras han dejado de existir" en el conjunto de la región amazónica... "de los seis a nueve millones de indígenas que habitaban la Amazonía secular, sólo quedan hoy algunos grupos exigüos y dispersos" (Comisión, 1994; p.16).

La historia de la destrucción de las sociedades nativas amazónicas es también la historia del contacto con los europeos y sus descendientes y, por supuesto, la del contagio de las enfermedades introducidas por éstos, desde que se iniciara allí la búsqueda de "El Dorado" y la del "País de la Canela" en el siglo XVI... Hoy, cuando se invaden las últimas fronteras y refugios indígenas, la historia del contacto y del contagio continúa y sigue acompañada de ese viejo y persistente sueño de "El Dorado"... La invasión de los "garimpeiros" al territorio Yanomami (en la frontera amazónica brasílico-venezolana), a partir del segundo semestre de 1987, alteró el cuadro epidemiológico de las aldeas nativas más periféricas que habían entrado en contacto con los buscadores de oro: infecciones endémicas como la tuberculosis y la malaria fueron preliminarmente las consecuencias de esos iniciales contactos, ya que, por entonces, las aldeas más centrales del territorio Yanomami permanecían libres aún de esas dolencias, pues

allí todavía no habían logrado ingresar dichos buscadores de oro. Estos poco a poco fueron alcanzando el territorio Yanomami aprovechando la apertura de la carretera "Perimetral del Norte", iniciada en los años setentas, construcción que ya había causado la muerte y la desaparición completa de varias comunidades. La situación de salud en todo el territorio Yanomami era caótica en el año de 1990 y, según el diagnóstico de los médicos destacados en la zona con apoyo internacional, la malaria era la mayor causa de morbilidad: algunas comunidades registraron hasta el 91% de sus miembros infectados, con predominancia de forma grave. Las comunidades de garimpeiros revelaban igualmente elevados índices maláricos y los mosquitos trasmisores proliferaban enormemente por los empozamientos del agua, surgidos de la labor extractiva y predatoria de ellos mismos. De igual manera la desnutrición y las virosis agudas (incluidas las infecciones respiratorias agudas y las gastroenteritis) constituyan las causas de morbilidad y mortalidad más importantes entre los Yanomami (véase Confalonieri, Ulises; 1990: 29-34).

Darcy Ribeiro, con base en su profundo conocimiento de las sociedades indígenas del Brasil, había advertido años atrás el impacto entre los indios por el contacto con los blancos, especialmente el impacto de las enfermedades respiratorias y, dentro de éstas, los desastres causados por la gripe. Al respecto expresa:

"son responsables del mayor número de bajas las enfermedades de las vías respiratorias, en primer término la gripe, tan común entre nosotros, pero de efectos fatales sobre los indios que la experimentan por primera vez. Una de las primeras palabras que las diversas tribus pacificadas aprendieron de los civilizados o crearon luego del primer contacto, fueron las designaciones de la gripe: para los indios **Urubus-Kaapor** es **catar** o **catarro**, como dicen los caboclos de la Amazonia; para los **Kaingáng**, es **cofuro** (tos, carraspeo); para los **Tukano** es **ehon**. Uno de los bandos **Xokléng** de Santa Catarina experimentó sus efectos antes de la pacificación, a través de dos criaturas que habían robado a los colonos y llevado a sus aldeas; y su pavor, luego del contagio de la gripe, fue tan grande que mataron a esos niños que tosían, convencidos de que tenían poderes malignos.

Los **Kaingáng** paulistas fueron reducidos a la mitad por la gripe epidémica que contagió a las aldeas en los primeros años siguientes al contacto. El doctor Luis Bueno Horta Barbosa, que los pacificó y asistió en aquel período, testimonia: "sólo esa indisposición, la **influenza** o **cofuro**, como ellos la denominan, pues no la conocían antes de las

relaciones con nosotros, ¡mató hasta ahora más de la mitad de los niños, mujeres y hombres que existían a principios de 1912! Hubo incluso un grupo, el de Congue-Hui, que fue totalmente aniquilado en el corto espacio de algunos días. Eso se produjo de marzo a abril de 1913. Cuando nos llegó, en Ribeirao dos Patos, la noticia de que el pueblo de la aldea de aquel jefe estaba muriendo de *cofuro*, hacia allá partieron los abnegados auxiliares de la Inspección; pero al llegar ¡sólo encontraron osamentas a flor de tierra! (L.B. Horta Barbosa, 1954: 71; citado por Ribeiro, 1973; pp.126, 127).

No hay duda que las enfermedades respiratorias y la presentación epidémica de éstas han sido en el pasado un factor fundamental dentro de los procesos de extinción de las sociedades aborigenes amazónicas y dentro de otros contextos regionales; y, en las últimas décadas, esas mismas enfermedades siguen diezmando los grupos indígenas que recientemente han entrado en relaciones de contacto:

“...basta recordar la alta incidencia de enfermedades respiratorias señaladas para los Guayaki del Paraguay en los años 60's, o las de los Ayoreo del Gran Chaco y sus devastadores efectos (Bartolomé, 1995); igual mención se hace para los Yora (Yaminahua) en el Parque Manú en el Perú, quienes hicieron contacto pacífico con los colonos en 1984 y en dos años de contacto intermitente con éstos, perdieron el 40% de su población a causa de enfermedades en las vías respiratorias (Hill & Kaplan, 1992); así mismo en el Brasil, los Guaja fueron diezmados por la presencia de enfermedades como gripe, malaria y neumonía (Pereira Gomes, 1991); entre los Matis, la gripe se menciona como gran causa de enfermedad (Erikson, 1991); entre los Araweté se señala que perdieron un 36.5% de su población, de ser 200 personas al momento del contacto en 1976, pasaron a ser 120 en 1977 a causa de las epidemias de gripe, conjuntivitis y desnutrición (Viveiros de Castro, 1992); para los Tupí do Cuminapanema, se menciona la alta mortalidad que se presentó entre 1986-1988 como consecuencia de las epidemias de malaria y gripe (Gallois & Grupioni, 1991)(citado por Cabrera, Gabriel, “De “Caníbales” a Indígenas: concepciones y distancias culturales entre los Nukak, sus vecinos y los investigadores”, 1997 -inédito -).

Enfermedades y epidemias en la amazonía colombiana

En el caso específico de la Amazonia colombiana, en el curso del siglo XX varios han sido los grupos indígenas extinguidos, como los Guaque o Carijona, notablemente numerosos todavía a comienzos

del presente siglo, lo mismo que los Tinigua y un gran número de aquellos que habitaban el piedemonte del Caquetá y Putumayo (Senseguajes, Amaguajes, Andaquies, etc.) de los que se tenía noticia cierta a comienzos de este siglo. Las recientes relaciones de contacto de los Nukak con cultivadores de coca en el Guaviare, desde 1988, permite comprender el impacto que sigue produciendo entre los nativos el contacto y el contagio de enfermedades.

Los Nukak, habitantes de las áreas interfluviales del Río Guaviare y el curso alto del río Inirida, forman parte de los pueblos de tradición nómada que habitan en el territorio amazónico. Siguiendo las investigaciones realizadas por los antropólogos Dany Mahecha, Carlos Frankly y Gabriel Cabrera, "sumando el número de Nukak vivos (378 personas) con las muertes ocurridas después de 1987 (236), da como resultado que el 38.43% de la población falleció después del establecimiento de relaciones con la sociedad nacional. Sin embargo, esta cifra es parcial y puede ser más elevada", según lo afirman los autores mencionados (Franky, Cabrera, Mahecha, 1995; p.12).

De las 156 muertes con datos de causa y ubicación temporal conocidos, el 1.92% ocurrieron antes de 1987 y el 98.07% después de esta fecha. De este 98.07%, el 91.66% corresponde a decesos causados por la "gripe", mientras el 6.41% se ubica entre "otras causas" (Franky, Cabrera, Mahecha, 1995; p.12).

Los Nukak recuerdan que hace varios años surgió una epidemia de "gripa", que llaman "gripa aube", es decir, "gripa grande o mayor"; narraron que cuando la gripa surgió, "se enfermó mucha gente del grupo y por ello casi nadie podía salir del campamento a conseguir alimentos; en esta ocasión, murió tanta gente que no la alcanzaron a enterrar y los chulos se las comieron en sus chinchorros, pues los que podían caminar abandonaron el sitio por temor a morir allí también". Los investigadores en referencia agregan:

"Los Nukak del sector occidental manifestaron, en distintas oportunidades, que la medicina Nukak "se acabó" porque los viejos que sabían murieron y que ellos eran muy jóvenes y no sabían; al mismo tiempo explicaban que no volvían al interior del bosque porque en él había "mucho gripa" y "mucho tigre", y que permanecían cerca a los colonos porque allí había "medicina" y "escopetas". Uno de los efectos que hemos esbozado anteriormente es el cambio en la dieta, el cual se origina en el abandono de recursos tradicionales, por no explotarlos o por sentir pena de consumirlos, sustituyéndolos por comida agro-industrial (pastas, panela, galletas, leche en polvo, pescado enlatado, etc)" (Cabrera,

Franky, Mahecha, 1996; pp.447,448 -del texto "Los Nukak: demografía, enfermedad y contagio", documento elaborado para la obra *Amazonia Colombiana: enfermedades y epidemias. Un estudio etnohistórico, médico y sociocultural. Inédita*).

Queremos sí subrayar que, además del impacto causado entre las poblaciones nativas por enfermedades como la gripe y la viruela, que generaron grandes catástrofes demográficas regionales, las enfermedades y las epidemias fueron esencialmente consecuencia de las transformaciones de los sistemas adaptativos, alimentarios, de reproducción, de crianza, de habitat y de producción económica. Esas transformaciones han sido resultado de los sistemas coercitivos que en el pasado y en el presente se emplearon y se emplean contra ellos para la obtención del oro, de la quina, del caucho, de las pieles, de las maderas, del petróleo, de la coca y hoy, nuevamente, del oro. En otras palabras, las relaciones de contacto de los grupos nativos amazónicos con los "blancos" y las consecuencias derivadas de esas relaciones, como la propagación de muchas de las enfermedades introducidas por éstos, es posible comprenderlas a la luz de esos episodios extractivos de productos como los ya señalados, que han causado drásticas transformaciones económicas y culturales en la región.

La actual situación de los Nukak y la de aquellos grupos descritos por Ribeiro, sugieren lo que debió suceder con las sociedades amazónicas desde que entraran en contacto con expedicionarios y misioneros, y más tarde con traficantes de esclavos nativos, comerciantes, buscadores de oro, quineros, caucheros y colonos.

Las fuentes tempranas de misioneros del siglo XVII dan cuenta frecuentemente de los efectos producidos por las enfermedades y epidemias en los pueblos de misiones recién fundados en la Amazonia:

"...el P. Andres de Zárate habla de las epidemias de viruelas y catarros que diezmó a su tercera parte a los maynas a pocos años de su poblamiento (informe citado P., 384), [también] de las viruelas que casi acabaron con los aguanos y chamicuros (p. 400: 'suelen hacer en ellos grandes rizas las biruelas, los dolores de costado y cursos de sangre, si bien tienen ya sus remedios eficaces contra estas epidemias'. Según el P. Maroni, en 1642 'envió Dios a toda la provincia una peste universal en que hubo harta cosecha para el Cielo' (T. XXVIII, P. 198). En 1655 y 1680 hubo nuevas pestes que ocasionaron gran mortalidad entre los indígenas que, no acostumbrados a tales males, aumentaban las enfermedades con el género de comidas y bebidas que usan... en es-

*pecial en bañarse con las calenturas en el río... Es cosa horrorosa ver a los enfermos y cuerpos muertos por los arenales... comidos por gallinazos y otras aves' (Ibid. p. 417). Pero se sabe que son los españoles los que llevan el contagio: 'El catarro o dolor de costado, que, sin pretenderlo, dejan los españoles a los indios en las primeras vistas' (p. 425); el buen padre lo explica: 'son de tal calidad que de ver españoles y oír los arcabuces, se les debe de inmutar la sangre y corromperse de modo que les ocasiona y causa mortales enfermedades y contagios'. En 1660 se había registrado una epidemia de sarampión y mal del valle" (parece ser que llamaban así al prolapsus rectal) entre los roamaynas y maynas. El padre termina concluyendo (p. 452) que, calculando entre roamaynas y zapas de nueve a diez mil almas, 'hoy nos contentamos con que lleguen... a 1500 personas, que los dudo mucho'. En el libro de A. de Ulloa, *Noticias Americanas, Entretenimientos Phisico-históricos* (Madrid, 1772, p. 207) se dice que 'quando reynan (las viruelas) ocasionan mucha mortandad, no sólo en los Blancos, sino también en los Indios y Negros...'. (Durán, Ángeles, en Rodríguez; 1990, Nota de pie de Página No. 32, p. 127).*

A finales del siglo XVII muchos de los grupos que habían entrado en contacto con los europeos, especialmente aquellos del piedemonte de los Andes y las grandes culturas ribereñas, (o en la "várzea") se habían diezmado, entre otras causas, por el contagio de nuevas enfermedades. Uno de los casos más característicos de esta situación fue la de los Omaguas, quienes fueron tempranamente descritos como habitantes de las islas del Marañón, donde los Franciscanos fundaron una de sus más importantes misiones. Pocos años después de fundada ésta, los Omagua, que también fueron de las primeras víctimas de las "tropas de rescate", es decir, de los traficantes de esclavos nativos lusobrasileros, padecieron, según el Padre Fray Laureano Montesdoca, una "espantosa epidemia de viruelas que invadió las islas", siendo ésta una de las causas principales de su extinción. De los indios de la misión de Canelos, que tampoco prosperó, se dice que la viruela y los continuos ataques de los "Jivaro" (con el fin de arrebatarles las mujeres y las herramientas de hierro) los diezmaron. En cuanto a la población de Zamora, "en el distrito de la ciudad, cuando recién se fundó, se contaban 16 mil indios; en 1622 ya no había más que 140, todos los demás habían perecido" (González; 1970, p.93).

Históricamente son reiteradas las referencias que misioneros, exploradores, viajeros, etc., hacen acerca del catarro entre los indios en los primeros momentos de su contacto con los "blancos". Federico

González Suárez comenta que "...los indios le tenían horror y bastaba solamente que un misionero estornudara con fuerza, de seguida dos o tres veces, para que los indios huyeran alarmados, dejando abandonadas sus casas" (1970; p.163).

El confinamiento de los indios en esos pueblos de misiones improvisados y precariamente establecidos, provocó una verdadera catástrofe demográfica y así lo dejan entender los mismos misioneros en el siglo XVIII, muy a pesar de que éstos seguían atribuyendo las enfermedades a la "pestilencia" y al "mal temperamento" de la región. El padre Juan Magnín, misionero por muchos años en Maynas, expresó al respecto:

"de la misma humedad nacen las enfermedades, que hay disentería, o cursos de sangre, dolores de ojos, hinchazones, llagas, gálico o como llaman, Cuchipes, éticas, tercianas y otras con el Bichu que los acompaña; y éstas con tal fuerza para los Indios recién sacados del monte, que de 100 que llegan a la Reducción o pueblo, si se salvan 10, se tiene por dicha..." (Magnín; 1947, p. 94)

En el caso específico de la Amazonia colombiana, desde finales del siglo XVII, los Franciscanos reunían grupos de indígenas "dispersos", haciendo uso de la persuasión o de la fuerza, y conformaban pequeños poblados en donde les enseñaban los rudimentos de la religión católica y a vivir de acuerdo con los patrones culturales europeos en cuanto a vivienda, vestido y organización social y política. Sin embargo, frente a los grupos nativos reacios, o para reprimir el descontento, los misioneros hacían uso de piquetes de soldados o escoltas que impedían el abandono de los pueblos y que infundían también temor entre los indios.

Sin duda una de las razones más comunes para que esas poblaciones de indígenas desaparecieran tan fácil y frecuentemente, fueron las enfermedades. Más aún, varios levantamientos y abandonos violentos se debieron realmente al desespero de los indígenas que se veían forzados a permanecer en pueblos de misiones donde la gripe, la viruela, la tuberculosis y el hambre eran endémicas. La experiencia milenaria de estos grupos nativos les hacía temer las aglomeraciones como fuente de enfermedades. Huir e internarse en la selva, lejos del contagio era la mayor profilaxis que se podía tener y así lo hacían los indígenas. Para los misioneros, sin embargo, que eran relativamente inmunes a varias de esas enfermedades, tales huídas eran delitos

execrables y argucias del demonio que trataban de impedir a toda costa, pagando muchas veces con su vida tal incomprendión. El etnocentrismo del misionero, acostumbrado a las aglomeraciones urbanas y al manso fatalismo con el cual se morían los siervos europeos durante las pestes, no le permitían entender esas actitudes que interpretaban como una sublevación contra Dios y contra el Rey. Más tarde, desde los inicios del siglo XX, los Capuchinos repitieron la historia en el Putumayo, látigo y cepo de por medio.

A comienzos del siglo XVIII los misioneros franciscanos informaron de una “gran pestilencia” que, se creyó, acabaría con los pueblos ya fundados: “...el número de los fieles *nuevamente convertidos* a nuestra Santa Fe Católica tienen un mil quinientas y setenta y ocho almas, no obstante el menoscabo que se experimentó el año pasado [1711] a causa de una grave pestilencia que hubo, de que murieron más de trescientos indios, heridos de ella, de los *nuevamente convertidos*” (Cisneros; 1712; A.C.C. Signatura 9425; folio: 1). De igual manera los mismos misioneros informaron que de todos aquellos indios de las misiones que “habían concurrido a la sublevación pasada y muerto a los sobredichos religiosos, todos habían acabado desastradamente [sic.], unos ahogados con paróticas, que les hincharon las gargantas hasta sofocarlos y otros a las crueles manos de los Andaquíes y Yaguanongas” (Franciscanos; 1739; A.C.C. Signatura 9196; folios: 44,45). En el año de 1762 el Padre Fray Joseph Jochin de San Joachín comunicó a su superior de otra nueva “peste de toda la gente, cuyo accidente me ha causado bastante pesadumbre” (1762; A.C.C. Signatura: 9271; folios: 1-3) y en 1770 se informaba que San Diego, uno de los pueblos más antiguos de las misiones del Putumayo, había sufrido ya dos repoblamientos por “haber muerto en dos pestes que han padecido la mayor de los oriundos de sus principales fundadores, por lo que para su conservación ha sido preciso sacar muchos infieles de la montaña” (Matud; 1770; A.C.C. Signatura: 9054; folio: 3). En los “padrones” o censos de indios “reducidos”, también es posible advertir el impacto que las enfermedades y epidemias causaron entre los indios de las misiones en el Caquetá y Putumayo, pues como los mismos religiosos expresaban, en estas misiones “mueren más que los que nacen”: en el pueblo de la Purísima Concepción de María, en el Río Putumayo, en el año 1775, habitaban 317 indios entre adultos y párvulos y en ese mismo año se le había dado “cristiana sepultura” a 87 entre párvulos y adultos (Alvarez; 1775; A.C.C. Signatura: 0616). A

pesar del notorio número de muertes, los religiosos tenían la convicción de haberse obtenido buenos resultados y comentaban: "el fruto que han hecho los religiosos en este breve tiempo ha sido grandísimo, de gente de todas edades, especialmente de criaturas tiernas, de que han muerto innumerables" (Maldonado; s.f. A.C.C. Signatura: 9403).

Además de la vida efímera de los pueblos de misiones de los Jesuítas en Maynas, éstos desaparecieron por completo cuando la Compañía de Jesús fue expulsada de los dominios españoles en el año de 1767. En cuanto a las fundaciones misioneras de los franciscanos en el Caquetá y Putumayo, éstas habían fracasado y se habían extinguido ya a finales del siglo XVIII. Años más tarde, en 1857, cuando Agustín Codazzi ingresara al Territorio del Caquetá con el fin de realizar los estudios corográficos de la región, el geógrafo expresó:

"Ha habido, es verdad, causas muy poderosas que se han opuesto al desarrollo de la raza indígena, así es que han disminuido considerablemente en las misiones y en las selvas en donde vivían en plena libertad. Las pestes de viruela que asolaron las misiones del Marañón y del Napo en los años de 1589, 1669, 1680 y las de sarampión en los años de 1749, 1756 y 1762, hicieron perecer a millares de indígenas y las misiones del Amazonas, Napo y Ucayali quedaron destruidas unas y otras reducidas a muy corto número. Tribus enteras sucumbieron con estas enfermedades que el indio no conocía y que la raza europea trajo desgraciadamente a estas lejanas tierras cuando atravesó sus bosques y sus ríos llevando por donde quiera la muerte" (Agustín Codazzi, 1857, en Domínguez, Gómez, Barona, 1997; pp.197,198).

En cuanto a la situación de las sociedades indígenas en aquellos territorios más orientales de la selva amazónica colombiana, el Vaupés, el Tiquié, el Papuri, el Guainía, el Apaporis, etc. las relaciones de contacto de tales sociedades con los "blancos" dependió en gran medida de la permanente demanda de fuerza de trabajo por parte de los establecimientos lusobrasileros fundados inicialmente en Belem de Pará y más tarde a lo largo del Río Amazonas y sus afluentes, especialmente en el Río Negro. Desde el siglo XVI se inició el despoblamiento sistemático de los asentamientos nativos ribereños en el gran Río Amazonas y poco a poco los tratantes de esclavos tuvieron que penetrar al Río Negro para cautivar "piezas de esclavos nativos". Este proceso de esclavización y de despoblamiento, que ha sido descrito y analizado por John Hemming en su obra *RED GOLD*, se

extendió desde mediados del siglo XIX por los ríos Vaupés, Papuri y otros del oriente amazónico colombiano, cuando ya los indios del Río Negro habían sido esclavizados y exterminados:

A mediados del siglo XIX el Río Negro estaba catastróficamente despoblado. Los viajeros comentaron la desolación que vieron a lo largo de sus orillas. Los fuertes de Marabitanas y San Gabriel estaban casi desiertos; las misiones que alguna vez florecieron allí consistían en un puñado de chozas o habían sido totalmente invadidas por la selva; las únicas casas con teja que existieron a lo largo de dos mil kilómetros del Río Negro estaban en Barcelos y éstas estaban totalmente en ruinas. Un oficial venezolano que descendió el río en 1855 escribió que "el río Negro presentaba una triste imagen de pueblos en ruina, incluso aquellos que alguna vez disfrutaron de alguna importancia al final del siglo pasado... Los nativos del Río Negro habían casi desaparecido. Yo veo algunos lugares a lo largo del río donde residen los indios, yo no pienso que ellos excedan las seiscientas personas en la totalidad de las 260 leguas (1560 kilómetros) "desde San Gabriel hasta Manaos". El Botánico Richard Spruce escribió en 1851 que "el Río Negro debía ser llamado el "río Muerto" - yo nunca vi una región tan desierta. En Santa Isabel y Castanheiro no vi una sola alma cuando yo fui allá y tres pueblos marcados en el mapa más moderno habían desaparecido de la faz de la tierra" (Hemming; 1987, p.315).

La catástrofe demográfica indígena que a mediados del siglo XIX se advertía en la región del Río Negro había sido el resultado del secular tráfico de esclavos nativos destinados a la construcción de fuertes y caminos, a las expediciones oficiales de rescate, lo mismo que a la recolección de cacao, canelazarzaparrilla, plantas medicinales y aceite de huevos de tortuga. Así mismo, las frecuentes enfermedades y epidemias que ya desde el siglo XVIII asolaban allí a la población, continuaron en el curso del siglo XIX con los mismos desastrosos resultados, como lo describiera un misionero en el año de 1852: "...este río estaba en un estado de envenenamiento: muchos murieron de fiebres malignas y de sarampión, rubeola. Esto acabó con la población del Río Negro que aún quedaba". Unos años más tarde, se presentó un terrible brote de fiebre amarilla y de cólera en el mismo río (Hemming; 1987, p. 302).

En consecuencia, fue a partir de mediados del siglo XIX que en las áreas del Vaupés, Isana, Guainía y Apaporis se iniciaron grandes transformaciones como la creación de "Aldeas" o pueblos de indios

cuya fundación fue promovida por los "Directores de Indios" (al servicio de las autoridades regionales de la Provincia del Amazonas, del Brasil) y las misiones, siendo allí el pionero de éstas el Reverendo Fray Gregorio José María de Bene quien, desde diciembre de 1852, se desempeñaba como párroco encargado de las iglesias del Río Negro y como misionero de las Aldeas de los ríos Vaupés e Isana.

Hugh-Jones señala cómo en la primera mitad del siglo XIX los misioneros carmelitas realizaron varias entradas al Isana y al Vaupés, durante las cuales los indios, huyendo del contacto, se retiraban a las cabeceras de estos ríos y regresaban a sus tradicionales malocas cuando los "blancos" salían de sus territorios. De igual manera el mismo investigador en referencia, citando a Wallace, destaca la condición de Fray José Dos Santos Inocentes, un carmelita que había trabajado en la Amazonia boliviana y que más tarde, en 1832, fundó las misiones en el Río Negro y en el Vaupés:

"Fray José Dos Santos Inocentes era un hombre alto, delgado, prematuramente envejecido, totalmente acabado por toda clase de males, sus manos crispadas y su cuerpo ulcerado". Sobre su carácter como misionero, Wallace repite la siguiente historia en las propias palabras del fraile: "Cuando yo estaba en Bolivia", dice él, "había varias naciones de indios muy belicosos, que robaban y asesinaban viajeros en el camino a Santa Cruz. El Presidente envió soldados contra ellos y gastó mucho dinero en pólvora y plomo, pero con muy poco efecto. En ese tiempo había viruela en la ciudad y se ordenó que las ropas de todos los muertos fuesen quemadas para prevenir la infección. Un día, conversando con su excelencia acerca de los indios, yo le sugerí una forma mucho más barata que pólvora y plomo para exterminarlos. En lugar de quemar las ropas, le dije, ordene que sean puestas en el camino de los indios; seguramente ellos se las apropiarán y morirán, como el fuego silvestre. Él siguió mi consejo y en unos pocos meses no se escuchó más de las depredaciones de los indios. Cuatro o cinco naciones fueron destrozadas. Porque la vejiga, agregó él, **hizo el papel del demonio entre los indios**" (Hugh-Jones; 1981; p.32).

La penetración al territorio amazónico colombiano de empresarios y de trabajadores del interior del país fue más frecuente desde la década de 1870, cuando la exportación de quinas todavía era un negocio próspero. Esa circunstancia, significó para muchos de los grupos nativos del Putumayo su desaparición total. Rafael Reyes, que había ingresado por la época para establecer la navegación a vapor

por el Río Putumayo, como ruta de exportación de las quinas de su empresa, describe las fatales consecuencias de los primeros contactos con los indios. Reyes se refiere a los indios de Cosacunty, "una tribu de unos quinientos indios hermosos y robustos", con quienes había entrado en contacto en su primer viaje en el vapor Tundama y con quienes contrató las provisiones de leña para sus futuros viajes:

"Cuando estuvimos a distancia de unos cien metros de las chozas, percibí un olor insopportable de putrefacción y presentí que algo espantoso había pasado a aquella tribu. Avancé teniendo que taparme las narices. Cuando llegué a la cima de la colina, el nauseabundo olor era tan fuerte que no permitía respirar. De las chozas o casas no se veía signo de vida. Con los dos marineros nos precipitamos rápidamente a la casa del jefe Otuchaba, cuya puerta de bambú estaba entreabierta. La empujé y el cuadro que se presentó a mi vista fue tan horroroso que aún hoy, después de tantos años, al describirlo me horripila. Yacían tendidos por el suelo más de treinta cadáveres de ancianos, de hombres, de mujeres y de niños, en completa descomposición. Algunos conservaban aún los ojos que despedían llamas de dolor y de sufrimiento. En una hamaca de paja se veía a una joven india que parecía un esqueleto y sobre su pecho descarnado tenía un hijo de meses de edad. Respiraba todavía. Ordené a los marineros que tomaran la hamaca de un lado y yo del otro y corrimos fuera de esta casa, llevando en nuestros hombros los dos únicos seres sobrevivientes y sin penetrar en las otras casas en donde se repetía la misma escena dantesca, llegamos al vapor y abandonamos aquel lugar de horror. La india a quien logramos salvar nos informó que poco después de nuestro paso por Cosacunty, había sido atacada la tribu por una especie de tisis galopante, que he observado que el hombre civilizado lleva a los salvajes del Amazonas, quienes le tienen tal horror que cuando oyen estornudar a un blanco, huyen despavoridos. Para evitar un contagio y una epidemia, hubo necesidad de quemar las casas y los cadáveres que en ellas había. La india me refirió que el mayor tormento que había tenido había sido la sed y el hambre porque quedaron tan débiles que no tenían fuerzas para arrastrarse hasta las orillas del río, ni para procurarse ni preparar alimentos. De esta tribu de los hospitalarios y queridos Cosacunty no se salvó sino la mujer y el hijo que encontramos moribundos. Es así como sufren miserias y como desaparecen los salvajes de la región amazónica." (Reyes, 1986; p.116).

Muy pronto cayeron los precios de las quinas en los mercados internacionales, de tal manera que muchos de los quineros continuaron

vinculados a la extracción de caucho en la región amazónica que ya en la década de 1880 había empezado a ser una actividad próspera y rentable. Años más tarde el indígena Huitoto, Aquileo Tovar, refiriéndose al ingreso de los caucheros diría: [en ese entonces la selva] “era la mansión verde del indio, no conocía la fatiga del trabajo cruel, sólo trabajaba en sus desmontes para cultivar sus granos de alimento y sus frutas; gentes sanas, las enfermedades no prevalecían en ese tiempo...[con las caucherías] comenzó la entrada de la civilización a las tribus indígenas, pero también entró la ruina y la exterminación de la raza” (Tovar, Aquileo: “La Voz de la Selva” en Domínguez, Gómez, 1990).

Durante la época cauchera, además de la persecución contra los ancianos, contra los líderes y guías espirituales, los indios fueron obligados a abandonar sus malocas, sus cultivos, sus parientes y fueron confinados en los campamentos caucheros donde se les mantuvo cautivos, al servicio de los blancos. En estas condiciones, humillados, deprimidos y esclavizados, con sus hijos retenidos y sus mujeres violadas, los grupos indígenas entraron en una profunda decadencia, y, sin motivaciones para vivir, fueron presa de la disolución, del aislamiento, del alcoholismo y de la melancolía.

Precisamente, en el *REPORTAJE SOBRE EL PUTUMAYO* que Sir Roger Casement, Cónsul británico en Río de Janeiro, entregó en Londres en 1911, después de visitar los campamentos caucheros del Putumayo, el diplomático subrayó: “la gente más vieja, tanto hombres como mujeres, respetados por su carácter y por su habilidad para aconsejar sabiamente, fueron considerados desde el principio [de las caucherías] como gente peligrosa, y en las primeras etapas de la ocupación [cauchera] fueron condenados a morir. Su crimen era el de “dar un mal consejo”. El haber prevenido a los crédulos o a los menos experimentados en contra del blanco esclavizador y haber exhortado al indígena a huir o a resistir antes que consentir en servir en el trabajo del caucho para los recién llegados, habían determinado su sentencia de muerte. No conocí ningún hombre o mujer indígena anciano, y pocos habían pasado la edad madura” (en Gómez et. alt. 1995).

Casement expresa también que “una y otra vez se recurrió a la inanición deliberada, pero ya no solamente con deseos de asustar sino con la intención de matar. A hombres y mujeres se les encerraba en los cepos hasta que morían de hambre”. “Estas muertes por inanición, como me fueron relatadas por hombres que las presenciaron

y que estaban conscientes de la gravedad del asunto, no se debían a la negligencia casual sino respondían a algo planeado de antemano. No se les daba ningún alimento a los indígenas y nadie podía hacerlo excepto el jefe de la sección. Un hombre declaró que había visto en los cepos a indígenas casi muertos de hambre que “escarbaban el mugre con sus dedos y se lo comían”; otro declaró que había visto en los cepos a indígenas previamente flagelados y tan extremadamente hambrientos que “se comían los gusanos de sus heridas” (Casement, en Gómez, et. al. 1995; p.173).

Durante el período cauchero, las formas de sanción y de castigo más usuales que sufrieron los indígenas del Caquetá y del Putumayo, fueron: la aplicación del látigo; el aprisionamiento en cepos; el encadenamiento en lugares visibles; el semiahogamiento de víctimas frente a sus parientes; la violación de mujeres en presencia de sus cónyugues y de sus hijos; la mutilación de partes del cuerpo (dedos, manos, orejas, etc.); la exposición de víctimas desnudas, atadas y colgadas de las manos; el lanzamiento a las corrientes de caños y ríos de indígenas atados de pies y manos; la aplicación de sal en las heridas; la incineración con kerosene de indígenas vivos y el fusilamiento.

Estas formas atroces y públicas de castigo y de muerte, fueron procedimientos mediante los cuales se configuró una pedagogía del miedo, una pedagogía en la que el terror fue el soporte del ejemplo. El espanto, el pavor físico, eran imágenes que debían grabarse colectivamente, como fórmula de control y de sometimiento. El carácter ejemplarizante de estas prácticas etnocidas y genocidas estuvo asociado con las imágenes negativas que deliberadamente se difundieron acerca de la “naturaleza” de las sociedades nativas amazónicas, es decir, su condición de “salvajes”, “irracionales”, “caníbales”, etc. imágenes que sirvieron de soporte ideológico a la “guerra justa” que se emprendió contra los indios.

En este contexto, las enfermedades y las epidemias fueron la consecuencia obvia y no la causa original de la extinción de un gran número de etnias sometidas durante las caucherías. Por eso el dramático despoblamiento del Putumayo y del Caquetá, descrito por Alfredo White, en 1923, cuando el negocio del caucho ya estaba en quiebra, fue el resultado final del destierro, del derrumbe estructural de los vínculos tradicionales comunitarios, del desarraigo espiritual, es decir de la pérdida de sus culturas.

El autor del informe en referencia, expresaba por ese entonces que los colombianos continúan emigrando al Ecuador y que los indios están

huyendo de las enfermedades de lugares infectos, como Puerto Asís, y otros migrando al vecino país:

"los pueblos de indios de San José y San Diego en el Putumayo ya no existen; el del Guineo en Umbría ya toca a su fin, el de San Miguel, en el río del mismo nombre, se ha desbandado al Ecuador; los indios de San Antonio en el Putumayo huyen por las selvas para evitar las pestes; Yocorocué y Montepa extinguidos, los pocos que quedaron se internaron en el río Cencella; los indios de Limón perecen de desintería; los habitantes de Quinoró y Curiplaya en el Caquetá, inutilizados por lasbubas y en la más espantosa miseria, sin medios y sin trabajo. Otros lugares y colonias que no alcancé a poner en el plano, no vale la pena ni de enunciarlos. Alvemia no existe ya; Yunguillo y Condagua, pueblos de indios en el alto Caquetá, presas de la anemia tropical y del hambre". El mismo autor señala que "los que hemos conocido estos ríos, poblados por valientes y sufridos caucheros hace doce años y por comerciantes, nos pasmamos de la transformación sufrida en tan corto lapso de tiempo"(White Uribe, A.G.N. Sec. República; Fondo Ministerio de Gobierno; Sec. 1a. Tomo 891; Folios: 435, 436).

Después de las caucherías y del Conflicto Colombo-Peruano, creció la colonización del piedemonte amazónico colombiano sobre territorios tradicionales indígenas, ya despoblados. Individuos y familias, frecuentemente perseguidos por sus ideas políticas o simplemente despojados de sus tierras y acosados por la miseria, fueron descendiendo de los Andes y sobre la base de la agricultura y la ganadería, animaron la vida regional y fomentaron las nuevas poblaciones como Florencia, San Vicente, Puerto Rico, Guacamayas, Tres Esquinas, etc. surgiendo nuevos conflictos sociales aún no resueltos.

Las esperanzas de los colonos que directa o indirectamente fueron expulsados de la región andina y que buscaban en el piedemonte amazónico mejores condiciones de vida, pronto se vieron frustradas por la presencia permanente de enfermedades y epidemias contra las cuales no podían luchar por falta de los recursos económicos y por la ausencia de servicios médicos y sanitarios y por la precariedad de las conductas higiénicas de los colonos. En un informe de la época, se expresa:

"triste condición la de los colonos del Caquetá: tras la uncinariasis, la sifilis y el paludismo, se completa el cuadro con el abuso exagerado de bebidas alcohólicas" (Guzmán, Aurelio, A.G.N., T.842; Fls. 148-153).

De igual manera, los proyectos que se habían concebido desde el siglo XIX para crear lugares de confinamiento de "vagos" y convictos en la Amazonia, se concretaron en la década de 1930, con la creación de la Colonia Penal de Araracuara. Aún hoy se sigue pensando la Amazonia como el lugar a propósito para los individuos considerados socialmente indeseados.

Allí en el oriente, en los riñones de la selva, quedan los últimos refugios de los reductos indígenas sobrevivientes, donde hoy los procesos económicos extractivos y de colonización continúan, siguiendo el curso de caños y de ríos. La nueva " fiebre del oro", la fiebre del "oro blanco" (la coca), lo mismo que el auge de las exploraciones en busca del "oro negro" (petróleo), amenazan con destruir esos últimos reductos nativos, en cuyos territorios se libran hoy guerras que comprometen a la guerrilla, a las Fuerzas Armadas, a grupos paramilitares y a organizaciones, también armadas, dedicadas al narcotráfico y al tráfico de armas.

Además del glifosato, en el actual contexto amazónico, donde persiste todavía la ilusión de hallar "El Dorado", los especialistas diagnostican la gastroenteritis y la tuberculosis como las principales causas de mortalidad entre la población indígena de la región, señalando, con preocupación, la persistencia de "elevadas tasas de mortalidad general (20X1000)" [Pinzón Sánchez Alberto], lo mismo que la propagación de la "hepatitis B" y la "leishmaniasis" (Pinzón, s.f., "Ecología y Salud Indígena", comentarios acerca del trabajo del investigador Ney Guzmán Gómez, "Estudio Médico-Antropológico de la Amazonia Colombiana". Universidad del Valle - Cali - Colombia, 1968). A este diagnóstico debe sumarse el creciente consumo de "basuco", la prostitución infantil y otros males asociados con los ambientes típicos de los pueblos "cantineros".

Así se ha ido fomentando el pretendido "desarrollo" en la Amazonia. Así nos hemos acercado históricamente a una región que reclamamos nuestra, pero que todavía no ha sido incorporada al mapa espiritual de los colombianos. La llamada "civilización" de la selva y de los llamados "salvajes" se ha adelantado comúnmente mediante métodos violentos por parte de una sociedad que se considera a sí misma "civilizada", pero que no ha demostrado serlo.

Enfermedades conocidas en América

Agentes	Enfermedades
Virus	Fiebre amarilla (Selvática) Otros arbovirus
Bacterias	Microbacteria Tuberculosis Treponema Pallidum Carateum
Parásitos	Tripanosoma Cruzi Leishmania Donovani y otras Ectoparásitos: Tunga Penetrans Sarcoptes scabiei Miasis

Fuente: *Arqueomedicina de Colombia Prehispánica*. Autor: Hugo Armando Sotomayor Tribín. Año 1992. Cafam. Bogotá.

Enfermedades infecciosas importadas del Viejo Mundo

Agentes	Virus	Sarampión Rubeola Viruela Parotiditis Gripe Dengue
	Bacterias	Brucela Abortus Gonococo Bordetella Pertusis Microbacteria Bovis Yersinia Pestis Microbacteria leprae ¿Treponema pertenue?
	Parásitos	Plasmodios Falciparum (Vivax y Malarie) Esquistosoma Mansoni Bucherelia Wancrofti Onchocerca Volvulus
Vectores	Mosquito	Aedes Aegypt
	Pulga	Xenophylla Cheopis
	Reservorio y huéspedes	Ratas y ratones doméstico -Rattus rattus -Rattus novergicus -Mus musculus Equinos Cerdos Caprinos Bovinos Gato doméstico

Fuente: *Arqueomedicina de Colombia Prehispánica*. Autor: Hugo Armando Sotomayor Tribín. Año 1992. Cafam. Bogotá.

Fuentes bibliográficas y documentales citadas

CABRERA, Gabriel; "De "Caníbales" a Indígenas: concepciones y distancias culturales entre los Nukak, sus vecinos y los investigadores", 1997; Ponencia presentada en el 49 Congreso Internacional de Americanistas. Quito, Ecuador, julio de 1997.

CISNEROS, Manuel Fray. "Información levantada sobre las misiones de los franciscanos en los ríos San Miguel, Caquetá y Putumayo". 1712; Archivo Central del Cauca, Signatura 9425; 31 de octubre de 1712 - 3 de noviembre de 1712.

COMISION AMAZONICA DE DESARROLLO Y MEDIO AMBIENTE. *Amazonas sin Mitos*. 1994; Editorial Oveja Negra.

CONFALONIERI, Ulises. "Relatorio de Saude dos Yanomami". *Yanomami: a todos os Povos da Terra*. 1990; Acao pela cidadania.

DOMÍNGUEZ, Camilo, GOMEZ, Augusto. *La Economía extractiva en la Amazonia Colombiana 1850-1930*. 1990; Bogotá: Tropenbos- Corporación Araracuara.

DOMÍNGUEZ, Camilo; GÓMEZ, Augusto; BARONA, Guido; *Viaje de la Comisión Corográfica por el Territorio del Caquetá. 1856*, 1997; COAMA, Fondo FEN-Colombia, Instituto Geográfico "Agustín Codazzi". Impresión Lerner Ltda.

FRANCISCANOS, "Testimonio de las diligencias efectuadas por los religiosos franciscanos para ayuda de sus misiones del Putumayo y Amazonas. 1735-1750; Archivo Central del Cauca, Signatura 9196. 10 de septiembre de 1735 - 18 de julio de 1750.

FRANKY, Carlos; CABRERA, Gabriel; MAHECHA, Dany; *Demografía y Movilidad Socio-Espacial de los Nukak*, 1995; Documento de Trabajo N°2, COAMA-Unión Europea.

GÓMEZ, Augusto, LESMES, Ana Cristina y ROCHA, Claudia. *Caucherías y Conflicto Colombo-Peruano. Testimonios*. 1995; Santafé de Bogotá, Disloque Editores.

GÓMEZ, Augusto; SOTOMAYOR, Hugo; LESMES, Ana Cristina; *Amazonia Colombiana: Enfermedades y Epidemias. Un Estudio Etnohistórico, Médico y Sociocultural*. 1996; COLCIENCIAS, Universidad Javeriana -inédito-.

GONZALEZ, Federico. *Historia General de la República del Ecuador*. 1970; Vol. Tercero. Quito: Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana.

GUZMÁN, Aurelio; "Informe". s.f. Archivo General de la Nación; Sección República; Fondo Ministerio de Gobierno, Sección Primera; Tomo 842; Folios 148-153.

HEMMING, John. *Red Gold. The conquest of the brazilian indians*. 1978; Londres: Papermac.

_____. *Amazon Frontier. The defeat of the Brazilian Indians*. 1987; Cambridge, Massachusetts: Harvard University Press.

HUGH-JONES, Stephen. "Historia del Vaupés". 1981 *Maguaré*, Revista del Departamento de Antropología, Universidad Nacional de Colombia. Vol.I. No.1, jun, pp.29-51.

MAGNIN, Juan. *Breve descripción de la Provincia de Quito, en la América meridional, y de sus Misiones de Sucumbíos de Religiososo de San Francisco y de Maynas de Padres de la Compañía de Jesús, a las orillas del gran río Marañón, hecha por el Mapa que se hizo en el año 1740*. 1947; Boletín de la Academia Nacional de Historia. Vol. XXV, ene-jun, No.85. Quito-Ecuador, pp.72-115.

MALDONADO, NN. "Escrito del Guardián del Colegio de Misiones de Popayán en el que se manifiesta la necesidad del tránsito de los misioneros del Caquetá y Putumayo por el pueblo de La Ceja". 1773; Archivo Central del Cauca, Signatura 9403.

MATUD, Juan. "Informe que el Padre Comisario de Misiones Fray Juan Matud presentó al Virrey del Nuevo Reino de Granada sobre la visita que efectuó a las misiones del Caquetá y Putumayo por el año de 1770. En él se dan descripciones detalladas de los pueblos de indios, de los productos del suelo, de las jornadas del viaje, del itinerario seguido y de la población". 1770; Archivo Central del Cauca, Archivo de los Franciscanos. Signatura 9054. 20 de abril de 1770.

PINZÓN, Alberto; "Ecología y Salud Indígena". s.f.

REYES, Rafael. *Memorias 1850-1855*. 1986; Bogotá: Fondo Cultural Cafetero.

RIBEIRO, Darcy. *Fronteras indígenas de la civilización*. 1973; México: Siglo Veintiuno Editores S.A.

RODRIGUEZ, Manuel. *El descubrimiento del Marañón*. 1990; Madrid, Edición de Ángeles Durán. Alianza Universidad. Quinto Centenario.

SAN JOAQUIN, Joaquín Fray. "Carta de Fray José Joaquín de San Joaquín al Padre Guardián Fray Joaquín de San Luis Gonzaga. En ella le dice que llegó "a éste de Santa Rosa (pueblo de las misiones del Caquetá y Putumayo) ansioso de pasar a Pueblo Viejo con toda la chusma que tría", pero que la gente se le afectó por lo que tuvo que quedarse en el dicho pueblo de Santa Rosa". 1762; Archivo Central del Cauca, Signatura 9271, folio 2; mayo de 1762.

SOTOMAYOR, Hugo. *Arqueomedicina de Colombia Prehispánica*. 1992
Santafé de Bogotá: Caja de Compensación familiar CAFAM-Comisión V
Centenario.

WHITE, Alfredo. "Bosquejo de la situación de la población de los dos ríos
más importantes (Putumayo-Caquetá) de la Comisaría". 1923; Archivo Gen-
eral de la Nación; Sección Repùblica; Fondo Ministerio de Gobierno; Sección
Primera; Tomo 891; folios 433bols-438.

